

# Comunicación, Cultura y Política

María Belén Albornoz y Mauro Cerbino, compiladores

# Comunicación, Cultura y Política



# Índice

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador  
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro  
Quito - Ecuador  
Telf.: (593-2) 323 8888  
Fax: (593-2) 3237960  
www.flacso.org.ec

**Ministerio de Cultura del Ecuador**  
Avenida Colón y Juan León Mera  
Quito-Ecuador  
Telf.: (593-2) 2903 763  
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-175-7  
Cuidado de la edición: María Pessina  
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena  
Imprenta: Crearimagen  
Quito, Ecuador, 2008  
1ª. edición: septiembre, 2008

<b>Presentación</b> .....	7
Prólogo	
<b>Memoria y balance</b> .....	9
<i>Héctor Schmucler</i>	
<b>Introducción</b> .....	15
<i>Belén Albornoz – Isabel Ramos</i>	
PRIMERA PARTE:	
ALGUNOS DEBATES SOBRE TELEVISIÓN PÚBLICA	
<b>Problemas para la televisión estatal en Latinoamérica.</b>	
<b>Reflexiones a partir del caso argentino</b> .....	33
<i>Roberto Follari</i>	
<b>La Reforma de Televisión Nacional de Chile y calidad de la política.</b>	
<b>Aprendizajes y nuevas perspectivas</b> .....	47
<i>Valerio Fuenzalida</i>	
<b>Venezuela: El lejano servicio público</b> .....	67
<i>Andrés Cañizález</i>	
<b>Onde está o negro na TV pública brasileira?</b> .....	79
<i>Joel Zito Araújo</i>	

SEGUNDA PARTE:  
COMUNICACIÓN Y POLÍTICA

<b>Los movimientos sociales como sujetos de la comunicación</b> . . . . .	93
<i>Raúl Zibechi</i>	
<b>¿Qué es una prensa pública?</b> . . . . .	109
<i>Emir Sader</i>	

TERCERA PARTE:  
ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN

<b>Estudos de recepção na América Latina, hoje: a visão de seus pesquisadores</b> . . . . .	119
<i>Nilda Jacks y Daiane B. Menezes</i>	

<b>El estudio de las audiencias en Centroamérica. Primeras coordenadas del mapa</b> . . . . .	131
<i>Amparo Marroquín Parducci</i>	

<b>Audiencias y sociedad de información. Aproximaciones teóricas y metodológicas para el estudio crítico de audiencias y la Internet</b> . . . . .	147
<i>María José Calderón</i>	

CUARTA PARTE:  
TIC Y SOCIEDAD

<b>El culto a la información, imaginarios sobre tecnología</b> . . . . .	161
<i>Belén Albornoz</i>	

<b>El móvil, artefacto ritual para exorcizar la otredad</b> . . . . .	173
<i>Rosalía Winocur</i>	

<b>Cybercultura y las nuevas nociones de privacidad</b> . . . . .	191
<i>Belén Albornoz</i>	

# El móvil, artefacto ritual para exorcizar la otredad

Rosalía Winocur<sup>1</sup>

*“Nuestra sociedad está inquieta. (...) Hay una inquietud,  
una angustia, crispada al fondo de nosotros”*  
(Duby, 1995: 13)

*“Miedo a lo invisible, en el fondo del hombre de hoy,  
que vacila al sentirse impotente ante el destino”*  
(Duby, 1995: 123)

## Introducción

Datos recientes hablan de que en estos momentos 2.600 millones de personas tienen acceso a un móvil<sup>2</sup>, lo cual significa que casi la mitad de la humanidad está conectada de alguna forma a través de un celular. A diferencia de otras tecnologías de comunicación donde el mercado marcó las tendencias del consumo, en el caso del móvil fue la adhesión inusitada y explosiva de los usuarios, la que puso a trabajar al mercado para generar

1 Departamento de Educación y comunicación. Universidad Autónoma Metropolitana. winocur@correo.xoc.uam.mx

2 Datos proporcionados por la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT). Por su parte, Movable World, una empresa de análisis de telecomunicaciones del Reino Unido, pronosticó con base en la demanda de los mercados emergentes de Asia y China, que a fines del 2007 más de 3 mil millones de personas tendrán un teléfono móvil. Su presidente, John Thysve, declaró: “Tomó unos 20 años conectar a los primeros mil millones de suscriptores, pero sólo 40 meses llegar a los 2 mil millones. El hito de los 3 mil millones se superará en julio del 2007, justo 2 años después”. [www.cinit.org.mx](http://www.cinit.org.mx)

opciones de diseño y paquetes tarifarios para todos los gustos y diferencias socio culturales. Actualmente los hay muy caros con sofisticadas aplicaciones multimediales destinados a las elites informáticas, los ejecutivos, los ricos y los jóvenes con alto poder adquisitivo, y también los hay muy baratos y simples para los pobres, ancianos, amas de casa, indígenas e inmigrantes: “La mercadotecnia comenzó a entender que la industrialización de la cultura prospera si se hace cargo de las diferencias entre las naciones y las etnias, los hombres y las mujeres, si produce bienes diferentes para los de 60, 40, 15 y 8 años”, (García Canclini, 2007:7).

En la ciudad casi todos tienen un teléfono móvil, y si no lo tienen, aspiran a poseerlo aunque las personas con quienes desea comunicarse vivan a diez cuadras a la redonda. Esta aspiración, trasciende la pertenencia de clase, la inclinación sexual, las diferencias de género y generacionales, el grupo étnico o el capital cultural. La pregunta de rigor que se nos plantea, es ¿que fue lo que lo volvió tan necesario e imprescindible?

La bibliografía sobre el tema (Castells et al, 2007; Geser, 2004; Grant y Kiesler, 2001, Ling, 2004; Katz y Aarhus, 2002; Kopomaa, 2000) da explicaciones que ponen el acento, por una parte, en la descripción de los nuevos comportamientos que el teléfono móvil habría inducido o transformado en el ámbito del consumo, el ocio, la identidad, la sociabilidad, el espacio público, la familia y el mercado; y, por otra, en una marcada tendencia, implícita o explícita, de explicar estas conductas como un resultado directo del impacto de estas nuevas tecnologías en la vida cotidiana, como puede apreciarse en la siguiente cita:

La amplia difusión, el carácter personal, la translocalidad y la conectividad *always on*, no sólo han favorecido la implantación global de la telefonía móvil, sino que han hecho posible que su inserción en la vida cotidiana haya provocado notables transformaciones en numerosos aspectos de la vida social: coordinación de roles y tiempos, gestión de eventos, permeabilización de las fronteras entre trabajo, familia, ocio, establecimiento de redes sociales basadas en vínculos fluidos, coparticipación decisional, distribución de la responsabilidad, descentralización y desnormativización de las estructuras grupales, incremento del ocio translocal privado, hiperindividualización, desarrollo de la privacidad nómada en espacios públicos de interacción, incremento del impacto real de la participación

social nómada respecto de la Internet, privatización y fluidización de los espacios públicos de interacción, aceleración de los metabolismos social y de mercado, desplazamiento de la brecha digital al contexto intragrupal, (Aguado y Martínez, 2006: 338).

Sin negar los citados impactos y transformaciones, en este artículo vamos a privilegiar para la comprensión del fenómeno un sentido más trascendente de la comunicación y la sociabilidad, tratando de recuperar las condiciones sociales y culturales que hacen posible esta interdependencia con el celular, y no sólo como un efecto directo de la tecnología.

En el cine anterior a los noventa era muy habitual ver a los protagonistas con un cigarrillo en los dedos o en los labios, en las situaciones de espera, de placer, de nerviosismo, de tristeza, de terror, de nostalgia, de trasgresión, de furia, de incertidumbre, de tensión, de antesala o de seducción. A partir de los noventa lo que portan los personajes con mayor compulsión y adicción, es un teléfono móvil. Como dice el escritor Javier Marías: “Alguien debería poder explicar por qué provocan tanta adicción como el denostado tabaco, y mucha más incontinencia”, (2006:106). Es probable que las campañas anti tabaquismo, cada vez más agresivas y estigmatizadoras del fumador, hayan hecho lo suyo, pero el reemplazo del cigarro por el móvil no representa una simple sustitución de un ansiolítico nocivo para la salud por otro, que al menos no produce cáncer, sino que comporta una alta carga simbólica que es preciso desentrañar. Y esto nos lleva a preguntarnos: ¿Por qué se ha vuelto tan perentorio, indispensable y trascendente, estar comunicados a todas horas y en todos los lugares?, ¿Qué terrores, fantasmas, ansiedades y dilemas no resueltos –individuales y colectivos–, estamos depositando en esos pequeños aparatos, que clonan nuestras voces, amplían nuestros sentidos y siempre llevamos empuñando en las manos?, ¿Qué fragmentos dispersos de sentido en nuestra vida cotidiana están completando, amarrando, cableando o anudando? , ¿qué espacios vulnerables de nuestra fisonomía están deificando?, ¿qué fantasmas de la *otredad* están cubriendo bajo el manto protector que nos brinda el hecho de estar siempre comunicados con los nuestros; ¿qué balsamo de certidumbres domésticas nos proveen en cada repiqueteo cuando suenan en la desesperación del tráfico, la circularidad de la *fila*, la im-

potencia frente a la *ventanilla*, o el anonimato de nuestros gestos y palabras en la muchedumbre?, ¿Qué cordón umbilical reestablecen entre los que atravesaron la frontera escondidos en camiones, o se lanzaron al mar en frágiles pateras, y sus familias que se quedaron desolados y temerosos, esperando ansiosos la llamada que les confirmará que los suyos no se los tragó el océano o el desierto, ¿Qué universos de sentido encierran las síntesis crípticas de los mensajes, cuando los jóvenes renuncian a explicitarlos en términos convencionales?, ¿qué actos rituales están inaugurando o reforzando en las nuevas y viejas tribus urbanas?<sup>3</sup>.

*El móvil como dispositivo imaginario para mantener bajo control la incertidumbre*

La vida cotidiana está hecha de certezas e incertidumbres, de seguridades y de amenazas, que se mueven por igual en un plano real e imaginario. Las primeras, destinadas a controlar las segundas, provienen de la familia tradicional o “reinventada” (Beck-Gernsheim, 2003), del hogar físico con sus extensiones virtuales, del consumo rutinario de los medios, y de los trayectos y espacios cotidianos vinculados con el trabajo y el esparcimiento. Certezas que buscamos y ratificamos cuando acudimos a los mismos bares, restaurantes, cines y teatros, bancos, y supermercados. No es sólo una cuestión de distinción, también necesitamos reconocernos en “gente como uno”, lo cual ocurre muy a menudo cuando nos encontramos con amigos o compañeros del trabajo o de la universidad, pero básicamente cuando nos encontramos con aquellos que aún siendo desconocidos se nos parecen en la forma de comprar, de hablar, comer, reírse, dirigirse a la cajera del banco, o de tomar a su pareja por el brazo.

Paradójicamente, las incertidumbres provienen de los mismos ámbitos donde se constituyen las certezas. Las provocan los procesos de transformación que sufre la familia tradicional, la dispersión y mudanzas de sus

3 Esta ponencia intentará responder a algunas de estas interrogantes, a partir de una investigación de carácter socio-antropológico en la Ciudad de México, sobre las prácticas y las representaciones de hombres y mujeres pertenecientes a universos sociales, culturales y simbólicos diversos,

miembros; la erosión de la autoridad parental; la deslocalización del ámbito doméstico, la amenaza de perder el empleo o de no conseguir empleo; el deterioro de la calidad de vida, y las imágenes que proyectan los medios sobre lo que está fuera de nuestro control: el tráfico, la delincuencia, la degradación del medio ambiente, las catástrofes naturales, las guerras fratricidas, el calentamiento global y la amenaza nuclear. Particularmente estas últimas, como bien lo expresa Ulrico Beck, instalan en todas las sociedades “el poder invisible de los riesgos” como una amenaza que atraviesa en mayor o menor medida a todas las clases sociales:

Las certezas de las sociedades de clases son las certezas de la cultura de la *visibilidad*: el hambre contrasta con la saciedad, los palacios con las barracas, la pompa con los harapos. Estas evidencias de lo palpable ya no valen en las sociedades del riesgo. Lo visible queda a la sombra de las amenazas invisibles. Lo que se sustrae a la perceptibilidad ya no coincide con irreal, incluso puede poseer un grado superior de realidad amenazante, (1998:51).

El teléfono móvil es clave para mantener la cohesión imaginaria de estos espacios seguros donde habitan nuestras certezas, porque nos permite exorcizar a los fantasmas de la *otredad*, cuando no cubre bajo el manto protector de estar siempre comunicados con “los nuestros”. En la mayoría de las ocasiones no lo usamos para ampliar nuestras redes de conocidos o entablar nuevas relaciones, como sucede con la Internet, sino para no perder el contacto con los nuestros, un circuito de afectos y reconocimientos mutuos que excluye a los *otros*. Como bien lo expresa Silverstone, los medios actúan cada vez más “como profilácticamente sociales, por cuanto se han convertido en sustitutos de las incertidumbres habituales en la interacción cotidiana, al generar incesante e insidiosamente los como si de la vida diaria y crear cada vez más defensas contra las intrusiones de lo inaceptable o lo inmanejable” (Silverstone, 2004:17).

La *otredad* la constituye todos aquellos que amenazan real e imaginariamente nuestras certezas, y ésta a menudo se disfraza de extranjero, inmigrante, delincuente, chavo banda o indígena, porque ellos encarnan todo lo que tememos: quedarnos sin casa o trabajo, vivir lejos de nuestras

familias, perder los afectos, sufrir el desarraigo, o extraviar la brújula de nuestras frágiles identidades. “Este extranjero distante es el invasor absoluto, engendra más temor que el vecino que agrede” (Duby, 1995:60). Y esto no sólo porque compiten por las fuentes de trabajo o los servicios sociales, sino porque nos recuerdan lo vulnerables que somos frente a las contingencias naturales o provocadas por el hombre.

El hombre se siente entregado a lo indefinible, experimenta su contingencia y finitud. Traducida esta descripción a la experiencia cotidiana del ciudadano medio supone tener que hablar de millones de personas que enfrentan a un mundo que se vuelve inestable, que enfrentan el desencanto y el crecimiento de la incertidumbre que se canaliza en la búsqueda de respuestas al menos a lo inmediato de la vida. Un ciudadano que desde su sentido común enfrenta el entorno social de la época, un entorno donde estar protegido es también estar amenazado; y ello, porque nuestras sociedades son sociedades de individuos que no encuentran, ni en ellos mismos ni en su medio inmediato, la capacidad de asegurar su protección. (Reyna y Andión, 2006:2).

En este panorama de incertidumbre donde el pasado no puede asegurar el futuro, el hoy, el día a día, se vuelve omnipresente. De ahí la desesperación por amarrar el presente, única cosa que sentimos que puede ser controlada actualizando, nombrando y recreando permanentemente los vínculos afectivos, porque si dejamos de hacerlo sentimos que se diluyen o corren graves riesgos de perderse:

(El celular) se ha vuelto una necesidad más que un lujo, ya no es una ventaja o una desventaja el tenerlo o no tenerlo, es más bien cuestión de cuanto necesitas estar comunicado con las personas que te rodean... (Guadalupe. 51 años. Directora de secundaria. )

En estas condiciones de desasosiego, el celular constituye un bálsamo tranquilizador porque permite amarrar virtualmente a los “nuestros” en tribus de pertenencia constituidas en redes de familias, amigos, empleados, compañeros de trabajo, clientes, alumnos o pacientes:

(...) El día que se me olvida el celular, ando por la vida histérica ¡Ando sin teléfono! ¡Estoy desesperada!, me desespera no traer y es que a mis pacientes los monitoreo por el celular o ellos ya también, (...) entonces necesito un celular. ¡Vivo del celular!. (Elizabeth. 27 años. Odontóloga)

La necesidad de estar permanente e instantáneamente en contacto, no es una consecuencia automática de las nuevas tecnologías, ni tampoco nació con ellas, sino de la experiencia urbana de *ser* y *estar* en la ciudad de los últimos 30 o 40 años. Cuando la distancia y el tiempo no mediaban de forma tan contundente la comunicación en la familia, y el adentro y el afuera no marcaban tan dramáticamente la separación entre lo seguro y lo inseguro, estar en contacto significaba dar un grito desde la cocina para anunciar que ya está lista la comida, caminar tres cuadras para llevar y traer los hijos a la escuela, viajar o caminar 20 o 30 minutos para llegar al trabajo o al cine, y ausentarse por cortos y, sobre todo, previsibles lapsos de tiempo del hogar. Todo esto en un esquema que depositaba en la figura materna la centralización y la organización de la vida doméstica y en la figura paterna la provisión del sustento económico. Obviamente, el panorama ha cambiado. En la mañana temprano toda la familia se desplaza a su trabajo o a sus actividades, en muchos casos también la madre que se ha incorporado plenamente al mercado laboral. La única certeza cotidiana es el momento de salir de la casa, pero de ahí en adelante, real y fantasmagóricamente, cualquier cosa puede ocurrir.

El tráfico, que se ha constituido en sí mismo en un universo cotidiano de sentido de la experiencia urbana (Winocur, 2002), las distancias (vivir en el sur y trabajar en el norte) porque ahí nos tocó vivir y trabajar, “sólo los privilegiados pueden escoger que el trabajo les quede cerca de la casa”; la inseguridad que se ha instalado como una sombra, siempre acechando nuestros movimientos y nuestros pasos; y el aumento de los tiempos requeridos para trasladarse, provocan una sensación de desamparo e incertidumbre en las familias. El tiempo de espera está fuera de control, no sólo porque ha aumentado considerablemente y transcurre en escenarios cambiantes y amenazadores, sino porque se ha vuelto caprichoso e imprevisible:



(...) de repente descubrí que cuando olvido el móvil me siento como desprotegida. (Guadalupe. 51 años. Psicóloga. Directora de secundaria).

En la perspectiva planteada, la necesidad de checar permanentemente a los hijos, no sólo representa una estrategia de control de sus pasos, sino una recreación de la disponibilidad inmediata que existía cuando éstos pasaban mucho tiempo en el hogar. El teléfono móvil constituye una recreación imaginaria de la intimidad del hogar, la familia o de la pareja, y también un seguro de vida en situaciones de emergencia. En el móvil no sólo se pregunta dónde estás y a qué hora vas a llegar, sino también la receta de cocina, se encarga algo de la tienda, o estando en el supermercado se corrobora si falta tal o cuál cosa, se cuentan chismes de último momento, o se avisa de algo que está pasando en la tele o en la radio, los niños preguntan a las mamás por la tarea, o dónde se encuentran los zapatos limpios, o los padres divorciados pueden comunicarse con sus hijos sin la mediación de la “ex”:

El móvil ha marcado mucho la relación que tengo con Daniel (su hijo), como casi nunca nos vemos, generalmente estamos en contacto por el móvil, por lo mismo le compré un teléfono, (Juan, maestro, 48 años, subdirector escuela secundaria).

Claro, que esta comunicación tiene sentidos distintos para los padres y para los hijos. Los padres necesitan establecer una “correa digital” (Ling, 2002), con el objeto de que sus hijos estén disponibles y visibles para calmar la ansiedad del afuera que no pueden controlar desde el adentro:

Lo uso desde los 19 años porque mi mamá me quería radiolocalizar (risas), pues ahora sí que es una correa a larga distancia porque mi mamá quería saber dónde andaba, cómo estaba”, (Mónica. 26 años. Diseñadora de páginas Web).

Y los hijos, aunque reconocen esta necesidad de los padres, y en muchos casos les sirve para ampliar las concesiones de horarios o cambiar los acuerdos preestablecidos, necesitan por una parte marcar distancia de sus padres, y por otra, estar disponibles y visibles en un entramado virtual que

conecta el mundo *off line* y *on line* en sus propias redes de pertenencia a través del teléfono móvil, el *Messenger* y el correo electrónico, y que literalmente deja a fuera a sus padres:

Antes de bañarme conecto el cargador del móvil, mientras me cambio veo la tele, aunque no hay mucho que ver, así hasta que salgo de casa como a eso de las 8:30. Cuando estoy en el autobús, escucho el aviso de que llegó un mensaje, es mi amiga Lupe queriendo saber si ya estoy en camino para que desayunemos juntas. Pues así fue todo el camino, mensajando con Lupe, con Paul, mi hermano y con Jorge. (Ivonne Raquel, 25 años, Lic. en Comunicación Social, empleos eventuales).

La tensión entre la necesidad paradójica de aumentar el grado de autonomía sin perder las certezas que brinda la pertenencia a una red de protección familiar, se expresa en una especie de pacto de simulación que se instituye a través del celular (Fortunati y Manganelli, 2002), donde los padres simulan tener el control de sus hijos y los hijos simulan la independencia de los padres, todo ello sin conseguirlo plenamente. Este pacto de simulación, que también es una condición de inclusión y visibilidad dentro de una red de pertenencia, le exige a sus miembros que estén siempre conectados, disponibles y localizables. Hay dos frases que se han popularizado cuando se inicia la comunicación con el celular y que son altamente significativas: ¿Dónde estás?, ¿por qué no respondías el celular? o ¿por qué lo traías apagado? Salvo que se tenga una buena excusa y que, además sea creíble, ¿quién se puede dar el lujo de apagar el celular y no ser sospechoso de infiel, desconsiderado con la angustia de los suyos, o de estar ocultando algo? La renuncia a estar visible también puede ser interpretada en clave de alarma: sufrió un accidente, fue víctima de la delincuencia, o simplemente está deprimido. La visibilidad es la condición de la existencia, de la integridad física y mental, y de la lealtad a la familia, la empresa o al grupo de amigos.

No me gustaba, lo empecé a usar por insistencia de la familia, porque a veces yo si me tardaba y me trataban de localizar y no había forma, (...) entonces como yo no lo compraba, ellas me la regalaron, una de mis hijas dijo: “Aquí está, para que ya no haya pretextos”. (Francisco. 57 años. Preparatoria. Empleado en fábrica)

En el caso de la Internet, las personas pueden mantener una relación de mayor independencia o prescindencia con los canales que brinda el correo electrónico, el Messenger, las comunidades virtuales o el Skype. Se tolera que alguien no conteste enseguida o simplemente no conteste, que decida entrar y salir de una comunidad, que decida o no participar de un foro, que chatee o no en un foro. Pero esta situación no está autorizada para el teléfono celular. Varias investigaciones muestran que las personas viven con ambigüedad su dependencia del celular. Sienten que al mismo tiempo las libera y las esclaviza... (Katz y Aarhus, 2002; Seguí Dolz y Gil Juárez, (2006).

Mi esclavizador, creo que no hay manera de esconderse del mundo, desde que uno tiene celular. (Guadalupe. 51 años. Psicóloga. Directora de secundaria.)

Es la esclavitud en tu bolsillo, no puedes huir a menos que lo apagues (...)(Luís. 53 años. Empresario.)

En la Internet las personas sólo reconocen la propiedad del equipo de cómputo, a lo sumo de su cuenta de correo, pero se representan a la red como un espacio público, ilimitado, abierto, de información, que posibilita relacionarse o coquetear con desconocidos o conocidos, salir y entrar cuantas veces se lo desee sin sufrir condena, sanciones, marginación. Por el contrario, el móvil siempre define un ámbito de redes privadas, personales y locales. A diferencia de la Internet difícilmente alguien pueda integrarse a una lista de contactos del móvil de otra persona si no fue presentado, derivado, autorizado o recomendado.

### El móvil para ejercer un acto de domesticidad en el espacio público

Varios autores (citas) sostienen que los escenarios de esta red han trascendido a los espacios domésticos y fijos enclavados en lo local, ahora se ejercen en lugares cambiantes, en movimiento y rompen con todas las definiciones de carácter formal que establecían los límites de lo que era una comunicación privada, familiar, íntima, respecto a una pública, laboral,

escolar o institucional: “El móvil se presenta como una tecnología capaz de producir esferas de espacio virtual de interacción en espacios sociales, insertando “privacidades nomádicas en espacios públicos”, (Fortunati, 2000; Aguado y Martínez, 2006:333).

No obstante, el centro regulador y gravitacional de estas “privacidades nomádicas” que se ejercen en el espacio público, sigue siendo el hogar sedentario, y todavía, en muchos casos, bajo el cobijo de la madre:

Estoy siempre en casa. A mí siempre me recibe el teléfono (risas) yo soy la dueña de la base.(...) Nada más recibo la llamada y hago llamadas, (Graciela. 59 años. Carrera comercial. Ama de casa. Iztacalco)

Lo que ha cambiado son las estrategias para asegurar su preeminencia y supervivencia. Tradicionalmente el hogar constituía el punto de partida y de retorno de la familia. Y estos dos momentos se organizaban alrededor de rituales cotidianos como esperar la llegada del padre y de los hijos para cenar, comentar los acontecimientos del día, o ver las noticias. Pero desde que se ha vuelto tan complicado e incierto asegurar el retorno a una cierta hora, y en muchos casos simplemente que se produzca, la familia necesita actualizar el sentido de estos rituales a todas horas: ¿Dónde estás?, ¿Qué haces? ¿Con quién estás?, ¿Cómo te fue hoy?, ¿Qué comiste?, ¿A qué hora vas a llegar?

El celular hace lo que antes no podías, comunicarte con la persona que está en la calle, fuera de casa o de la oficina (Guadalupe. 51 años. Licenciatura en Psicología. Directora de secundaria. Tlalpan)

La preocupación siempre se expresa como el temor de que en el camino ocurra algo que les impida regresar, de ahí la necesidad de estar checando los pasos de los hijos, fijándolos en un punto en el espacio (dónde estás), y la angustia que produce cuando no atienden o apagan el móvil:

Eso de que puedas localizar a una persona, que no sabes qué onda con ella, yo me estreso a veces sino sé donde está Olga o Rebeca, que no llegan y digo: “Ay, pero ¿les habrá pasado algo?” Y les llamo y es de; “si,

mamá, estoy bien, que me atrasé por esto, estoy bien”, y eso pues a mi me tranquila mucho. (Olga. 55 años. Profesora de secundaria).

En el sentido expuesto, cuando los miembros de una familia se comunican en el espacio público, más que un acto de publicidad del espacio privado, ejercen un acto de *domesticidad* en el espacio público. Al atender el móvil en un lugar público se desconectan de las miradas del exterior y se conectan con la intimidad del espacio familiar o de la pareja. No pareciera haber ninguna preocupación por quién escucha o la opinión que se forme de nuestra conversación en los espacios *anónimos* del autobús, el restaurante o el supermercado.

A su vez, los demás, en realidad no escuchan. La conversación del otro les resulta familiar y ajena al mismo tiempo, familiar porque reconoce las mismas rutinas y preocupaciones domésticas de su vida diaria; ajena, porque no son las suyas, y no se sienten interesados ni involucrados en su contenido, algo así como escuchar por el cubo del edificio los ruidos y conversaciones de los vecinos.

No obstante, cuando suena un móvil en ciertos espacios colectivos de trabajo, en el cine, el teatro o la iglesia, sin lugar a dudas se percibe como una molesta intromisión o descortesía. Sin embargo, el estatus de lo público no se revierte, ni para quién atiende la llamada ni quiénes son testigos de la acción. El cine sigue siendo para todos un espacio público de ensoñación y disfrute que, además, requiere el silencio cómplice de una comunidad de espectadores. De ahí que cada vez más surgen mecanismos de regulación autogestivos como el chistido o la mirada recriminatoria para imponer silencio al trasgresor. Muchas empresas ya obligan a sus empleados a dejar el celular en una mesa fuera de la sala de juntas, los profesores exigen que el celular se apague antes de entrar a clase. Los hospitales, los bancos prohíben su uso dentro de sus instalaciones.

Esta cuestión plantea un asunto interesante acerca del estatus que asume lo público y lo privado con estas interrupciones constantes de voces que gritan asuntos domésticos, personales o laborales, sin ningún pudor en espacios que tradicionalmente se asumen como de uso colectivo, pero, sobre todo, anónimo. Lo que produce molestia no es la alteración del sentido de lo público (que para todos sigue siendo público, inclu-

so para quienes interrumpen con sus asuntos personales e intimidades domésticas), sino la irrupción de las individualidades en espacios de la ciudad cuya condición pública se construyó en el anonimato.

### *El teléfono móvil, nuestra segunda piel empuñada hacia los otros*

Entre 1988 y 2006, la famosa modelo Naomi Campbell recibió tres demandas por haber golpeado a sus asistentes con el teléfono fijo, el teléfono móvil y la agenda electrónica, respectivamente, (Aguayo, 2006:64). Podríamos pensar que en el momento de la furia la famosa modelo agredió a sus asistentes con un teléfono celular porque era lo “que tenía a la mano”, o simplemente “en la mano”, el caso es que el teléfono fue usado como un artefacto para agredir y no para comunicarse, o más precisamente para “comunicarse agrediendo”. Está claro que la mayoría de nosotros no usamos el celular para agredir físicamente a los demás, no obstante nos gustaría señalar que éste no sólo es un recurso simbólico para afianzar nuestras redes afectivas o laborales, sino también para ejercer nuestra cuota de poder cotidiano. Este pequeño aparato, que sintomáticamente tiene forma alargada y no redonda, no sólo lo usamos para comunicarnos sino también lo empuñamos para señalar, reprender, acompañar nuestra gesticulación, o lo manipulamos compulsivamente para jugar, revisar o mandar mensajes de texto. Incluso, una película reciente, muestra como la protagonista, originalmente frígida, se masturba con el vibrador de su teléfono móvil y de esa forma alcanza el orgasmo.

El celular alberga y sostiene nuestras redes, nuestros contactos, y nuestros afectos, pero también expresa poder sobre nuestro cuerpo y el cuerpo de los otros, sobre nuestro tiempo y el tiempo de los otros, sobre nuestros territorios reales, imaginarios y virtuales. Si alguien recibe muchas llamadas o mensajes, o no recibe ninguna, expresa no sólo su pertenencia, sino su control sobre el sistema de redes. El poder simbólico se mide por el acceso a la información clave en la red y también por la lista de contactos disponibles. Los contactos, no sólo hay que tenerlos sino también exhibirlos. Se trata de un capital social cuya eficacia se mide en el tamaño de las redes y también en las reciprocidades virtuales: “Te mando una foto

de la última vez que estuvimos juntos. Me mandas un tono de celular que no tenga nadie. Te bajo una canción para que se la pases a todos los del grupo”.

El celular también marca territorios de inclusión y exclusión, cuando las personas deciden a quién atienden o a quién no, cuando cuchichean para evitar que los otros se enteren del contenido de la conversación, o cuando hablan en voz alta para marcar un territorio o exhibir la extensión o la solidez de una red de pertenencia. No queda la menor duda cuando alguien está incluido dentro del circuito de la comunicación del otro y cuando no. Dentro de este esquema de poder el celular también se usa para castigar a los nuestros, negándoles la fuente primaria del control de la incertidumbre. Todos hemos experimentado alguna vez la frustración de que el otro no está disponible a nuestro requerimiento de comunicación perentoria, y la necesidad de marcar compulsivamente para revertir el acto de exclusión. Concientes como estamos de lo imprescindible que se ha vuelto estar siempre visibles para los otros, podemos ejercer el poder de incomunicarlo, simplemente desconectando el teléfono, no atendiéndolo o pasándolo al buzón.

## Conclusiones

A diferencia de otras tecnologías el uso del teléfono móvil sufrió un proceso de reapropiación simbólica por parte de sectores sociales diversos, que en un principio no estaban incluidos como públicos objetivos por las grandes empresas de telecomunicaciones, como los pobres, los indígenas, los inmigrantes, los ancianos o los niños. Por lo cual en la última década pasó a ser un objeto de lujo, ostentación o esnobismo entre las clases más pudientes, a ser un objeto indispensable. Se produjo un “desmoronamiento progresivo de las fronteras en las calificaciones sociales de este soporte, que han recorrido este itinerario: interesante-útil-conveniente-necesario-imprescindible”, (Vilchez, 2000:3). El tránsito de lo *snob* como sello de distinción, a lo imprescindible como símbolo de pertenencia y seguridad se explica porque éste aparato se volvió clave para mantener la cohesión imaginaria de los espacios seguros donde habitan nuestras certe-

zas, porque nos permite exorcizar a los fantasmas de la *otredad*, cuando no cubre bajo el manto protector de estar siempre comunicados con “los nuestros”.

El teléfono móvil representa una extensión del hogar y, consecuentemente, del ámbito privado. La escena de los móviles repicando y las personas hablando a través de estos aparatos en el tren, el autobús o el metro, ya es parte de la estética global de las nuevas formas de visibilidad y comunicación. Sin embargo, los asuntos que tratan son de orden estrictamente personal, familiar o laboral, y eso le imprime a la comunicación digital un rasgo *cultivadamente* local. “La revolución del móvil hay que entenderla no desde la ‘movilidad’ sino que este aparato es fundamentalmente personal, privado, para uso local y para relaciones de tipo afectivo”, (Lorente, 2002:16).

Cuando los hijos y los padres están fuera de la casa, el modo más habitual de comunicarse es a través del teléfono móvil. Antes también lo era el teléfono, pero lo que ha cambiado es el sentido de la comunicación y de la disponibilidad. La ansiedad de “no estar localizable” o la necesidad de “estar permanentemente localizable” no se relaciona tanto con la compulsión por privatizar, interrumpir o invadir el espacio público (Wellman, 1999), –como sostiene mucha de la bibliografía y el sentido común–, sino con la necesidad de extender el anclaje doméstico y familiar en el espacio público como una forma de contrarrestar la incertidumbre, y de llevar consigo las certezas.

## Referencia bibliográfica

- Aguado, Juan Miguel y Martínez Inmaculada (2006). *El proceso de mediación de la telefonía móvil: de la interacción al consumo cultural*. Revista Zer. Pp. 319-343.
- Aguayo, A. *Quitadle el móvil a Naomi Campbell*. *El País*, 01/10/06, p. 64
- Andión Eduardo y Reyna Margarita (2006). “El consuelo de la fe” Ponencia presentada en el III Coloquio Departamental del Departamento de Educación y Comunicación. UAM X.

- Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo*. Paidós Básica. Barcelona.
- Duby, Goerges (1995). *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*. Editorial Andrés Bello. Santiago.
- Fortunati, L. (2000). *The mobile Phone: New Social Categories and Relations*. [http://www.telenor.no/fou/prosjekter/Fremtidens\\_Brukere/seminarer/movilpresentasjoner/Proceedings%20\\_FoU%20notat\\_.pdf](http://www.telenor.no/fou/prosjekter/Fremtidens_Brukere/seminarer/movilpresentasjoner/Proceedings%20_FoU%20notat_.pdf)
- Fortunati Leopoldina y Manganelli Anna María (2002). “El teléfono móvil de los jóvenes”. *Revista de Estudios de la Juventud*, N° 57, 2002. Pp. 59-78. Madrid.
- García Canclini, N. (2006). “La modernidad en duda”. *Análisis de la Encuesta Nacional de la Juventud 2005*. Instituto Nacional de la Juventud.
- García Canclini, (2007). *Lectores, espectadores e internautas*. Gedisa. Barcelona (en prensa)
- Haddon, Leslie (2002). “Juventud y móviles. El caso británico y otras cuestiones” *Revista de Estudios de la Juventud*, N° 57, 2002. Pp.115-124. Madrid
- Havelock, Eric (1963). *Preface to Plato*, Cambridge, Massachussets, London. The Bolknep Press, Harvard University.
- Katz, James E.; Aarhus, Mark (2002). “Introduction: Framing the issues” *Perpetual contact. Mobile Communication, Private Talk, Public Performance*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Ling, Rich (2002). “Chicas adolescentes y jóvenes adultos varones: dos subculturas del teléfono móvil” *Revista de Estudios de la Juventud*, N° 57, 2002. Pp.33-46. Madrid.
- Ling, Rich (2004). *The Mobile Connection. The cell Phone's Impact on Society*. Morgan Kaufmann Publishers. San Francisco.
- Lorente, Santiago (2002). “Juventud y teléfonos móviles: algo más que una moda” *Revista de Estudios de la Juventud*, N° 57, 2002. Pp.9-24. Madrid
- Quevedo, Luis Alberto (2007). “Portabilidad y cuerpo. Las nuevas prácticas culturales en la sociedad del conocimiento” Ponencia presentada en el *Seminario sobre Desarrollo Económico, desarrollo social y comunicaciones móviles en América Latina*. Fundación Telefónica. 20-22 de abril. Buenos Aires.
- Marías, Javier (2006). “Adicción e incontinencia”, *El País Semanal*, N° 1569, 22 de octubre.
- Seguí Dolz, J. y Gil Juarez, A. (2006). “Teléfonos móviles: ¿Ángeles o demonios? Reflexiones para un análisis Psicosocial desde la Noción de tecnologías de relación” Observatorio para la Cibersociedad. III Congreso Online.
- Vílchez, Luis F. (2000). “Análisis de pautas educativas familiares en el uso del teléfono móvil”. Ponencia. [www.fedap.es/congreso\\_/trabajos/c132.html](http://www.fedap.es/congreso_/trabajos/c132.html)